



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 6

CTX 107 FUNDAMENTOS DE PASTORAL

Ramos Guerreira, Julio A. “Fundamentos bíblicos de la Teología Pastoral”. En *Teología pastoral*, 17-32. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1999.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

CAPÍTULO II
*FUNDAMENTOS BIBLICOS DE LA TEOLOGIA
PASTORAL*

BIBLIOGRAFIA

ALFARO, J., «Las funciones salvíficas de Cristo como Revelador, Señor y Sacerdote», en MS, III/1, 721-754; APECECHEA PERURENA, J., *Fundamentos bíblicos de la acción pastoral* (Barcelona 1963); BROWN, R. E., *Las Iglesias que los apóstoles nos dejaron* (Bilbao 1986); JEREMIAS, J., *Teología del Nuevo Testamento* (Salamanca 51985); LOHFINK, G., *La Iglesia que Jesús quería* (Bilbao 1986); SCHLIER, H., «Eclesiología del Nuevo Testamento», en MS, IV/1, 107-229; SCHWEIZER, E.-DIEZ MACHO, A., *La Iglesia primitiva, medio ambiente, organización y culto* (Salamanca 1974); THEISSEN, G., *Estudios de sociología del cristianismo primitivo* (Salamanca 1985); TOUILLEUX, *La Iglesia en las Escrituras* (Santander 1969); TREVIJANO, R., «Katholiké Ekklesía», en *Orígenes del Cristianismo. El trasfondo judío del cristianismo primitivo* (Salamanca 1995), 365-402.

El término pastoral, que hoy aplicamos comúnmente a la acción de la Iglesia, encierra una primera connotación que es la de la tarea del pastor. La evolución histórica de las ideas teológicas y pastorales ha llevado a la revisión profunda de este vocablo, de su amplitud y de sus distintas dimensiones. De hecho, y lo veíamos en el capítulo anterior, bajo un solo término se encierran distintas posibilidades de comprensión y la misma historia ha sido origen de un cambio profundo en su entendimiento.

El paso en sus contenidos de la teología pastoral a la teología práctica, o el paso de la pastoral del ministerio ordenado a la acción de la Iglesia, es claramente significativo de esta evolución. Denominándose siempre con el mismo término, las realidades eclesiales a que ha hecho referencia la palabra pastoral han sido muy diversas.

Indudablemente una de las razones del cambio de concepciones teológicas y pastorales que se ha dado en la reciente historia ha sido la de los estudios bíblicos. Entre los movimientos renovadores del comienzo de este siglo ocupa un lugar importante por la trascendencia de su influjo en los niveles cognoscitivos y prácticos de la teología.

Por eso, al menos brevemente, es necesario que acudamos a los fundamentos bíblicos del término pastoral y de la primera acción de la Iglesia y que los sistematicemos para encontrar los orígenes de

nuestro tratamiento y rastrear las características normativas que siempre han de enmarcarlo

Nuestro recorrido ha de ser necesariamente sintético, marcando las direcciones fundamentales que nos indica la acción pastoral de Cristo y de la Iglesia en los textos de la revelación. En la bibliografía primera encontramos obras en las que el estudio es exhaustivo.

I LA PASTORAL EN LA TERMINOLOGIA BIBLICA

La idea y la realidad del pastoreo están profundamente arraigadas en la cultura de Israel. Su origen nómada, su alusión continua a la época peregrinante y los avatares de una historia en la que la movilidad de sus gentes caracterizó su propio ser hicieron que la figura del pastor en su doble vertiente de jefe y compañero¹ adquiriera importancia como referencia religiosa en su comprensión de Dios y en su misma autocomprensión de pueblo. Dios y aquellos que actúan en su nombre reciben el nombre de pastores, mientras que el pueblo se caracteriza por ser el rebaño que sigue sus pasos por la senda de la alianza.

a) En el Antiguo Testamento, tres son las características que aparecen en esa doble referencia.

— Más que definición de Dios, el nombre de pastor sirve para ilustrar la historia de Israel desde el amor que Dios le ha tenido.

El mismo acto de constitución del pueblo en el éxodo es ya concebido en Israel desde la terminología pastoril. La acción de sacar al pueblo de la esclavitud y su conducción por el desierto es comprendida desde la imagen del rebaño y de las ovejas (Sal 78,52). Esta acción comprende el haber escuchado sus súplicas viendo su situación (Ex 3,7), el haberlo liberado de la tierra de esclavitud (Dt 5,6) y el haber guiado posteriormente con bondad al pueblo que había salvado (Ex 15,13).

La constitución del pueblo ha convertido a Israel en propiedad personal, reino de sacerdotes, nación santa (Ex 19,5-6). El cuidado de Dios con su propiedad es continuamente expresado también en términos pastoriles: la guía continua, la protección en cada momento, la liberación de los enemigos y la misma entrega y repartición de la tierra se leen en esta clave (Sal 78,53-55). En algunas ocasiones, ese cuidado está expresado en términos de ternura: «como pastor pastorea a su rebaño, recoge en brazos a los corderitos, en el seno los lleva y trata con cuidado a las paridas» (Is 40,11).

¹ Concepto «Pastor y rebaño», en LEON-DUFOUR, X., *Vocabulario de teología bíblica* (Barcelona 1972) 651-654.

La acción de Dios encuentra una respuesta en el pueblo que se confiesa tanto personalmente (Sal 23,1-6) como colectivamente (Sal 100,3) rebaño que llama pastor a su Señor

La oración que Israel le dirige también está expresada en términos pastoriles: la que confiesa, la que suplica y la que reconoce las propias culpas. Es más, la salida de la situación angustiosa es vista como acción del Dios pastor a quien se le pide el cuidado nuevo y continuo. También tanto en las situaciones personales (Sal 119,176) como en las colectivas (Sal 80,2), el pecado y la reconciliación son iluminados por la relación oveja-pastor.

Esta acción benevolente de Dios con su pueblo expresada en términos pastoriles no se agota en un pasado del que se hace memoria, sino que ilumina un presente por el que se pide y asegura un futuro basado en el amor mostrado en el reconocimiento de la propia historia. Así, la vuelta del exilio es contemplada como nueva reunión de las ovejas dispersas y como nueva conducción a la tierra de los antepasados (Is 49,1-26, Zac 10,8-10) y la restauración soñada por los profetas es identificada con la vuelta de las ovejas al aprisco, del rebaño a sus pastizales (Miq 2,12). Sión será el lugar donde el resto del rebaño disperso se congregará nuevamente (Miq 4,6-7).

— El nombre de pastor es también designación para los servidores de Dios que están a la cabeza del pueblo. Dios pastorea a su pueblo, a su rebaño, por medio de pastores elegidos por él para que realicen su tarea. Así, por analogía con la acción divina y como mediación de dicha acción, el nombre de pastor es aplicado al hombre que está a la cabeza del pueblo.

Desde lo dicho, está claro que el primer pastor y el prototipo de lo que ha de ser un pastor en Israel es Moisés: «Tú guíaste a tu pueblo como rebaño por la mano de Moisés y de Aarón» (Sal 77,21). Después de Moisés, Josué es elegido para que no quede la comunidad como rebaño sin pastor (Núm 27,17). Más tarde, llegado el tiempo de la instauración de la monarquía, David es también elegido para apacentar al pueblo (2 Sam 5,2).

El pastoreo de los hombres siempre es evaluado por la fidelidad al pastoreo de Dios. En este sentido, la Biblia siempre habla de los buenos y de los malos pastores. El prototipo, en tiempos proféticos, del buen pastoreo es David que, siendo pastor, cambió su rebaño por el del Señor y lo apacentó bien (Sal 78,70-72), mientras que la infidelidad de muchos pastores a la tarea encomendada ha sido manifiesta en la historia de Israel. Las más duras recriminaciones bíblicas han sido para los pastores que, en vez de la tarea encomendada, se han valido de su misión en beneficio propio (Ez 34, Zac 11,4-17). La suerte del rebaño está en parte unida a la suerte del pastor, cuya herida supone la dispersión de las ovejas (Zac 13,7).

— El nombre de pastor es reservado de un modo especial para la situación que ha de venir. Los tiempos mesiánicos anunciados por los profetas se mueven en la misma terminología y aplican el tema pastoril al anuncio de la salvación futura. Como en otras ocasiones y en otros temas de la historia de Israel, el pasado es la garantía y la certeza de lo que va a venir.

La infidelidad de los pastores de Israel pone en cuestión el mismo pastoreo y la fidelidad de Dios. Por eso, la reacción de Dios ante la mala gestión de los pastores infieles es la de ponerse a sí mismo al frente del rebaño (Ez 34,10-16), anunciando nuevos tiempos para su pueblo.

La restauración del pueblo está unida a un «os daré pastores según mi corazón» (Jer 3,15). El resto de Israel tendrá buenos pastores (Jer 23,3-4).

Entre todos los textos bíblicos del Antiguo Testamento, destaca la profecía de Ezequiel en la que, junto a la recriminación de los pastores infieles y a la certeza del pastoreo salvífico de Dios, se promete un nuevo pastor (Ez 34,23-31) caracterizado por los atributos del pastoreo y la fidelidad de David, en el que se significa de un modo especial la capacidad de unir a los pueblos². La terminología de la alianza es empleada de nuevo para ilustrar la situación esperada, esta vez en clave pastoril: Dios será su pastor y el pueblo será su rebaño.

En conclusión, podemos decir que la acción salvadora de Dios para su pueblo ha sido presentada en Israel en términos pastorales y que esta acción se ha desarrollado a través de mediaciones humanas no siempre fieles a lo encomendado. Dado que la fidelidad de Dios está por encima de la respuesta humana, su pastoreo exige una novedad en el comportamiento de sus pastores que exprese en radicalidad la acción de Dios. Esta situación nueva se identifica con los tiempos mesiánicos.

b) En el Nuevo Testamento Cristo aparece interpretando su historia y su misión desde el ámbito religioso-cultural de su pueblo y comprendiendo también desde la terminología pastoril su propia obra. Los textos del Antiguo Testamento que hemos repetido sirven de marco de referencia para comprender la autoconciencia de Jesús y para hablar de su tarea como la del pastor esperado. Tres afirmaciones básicas pueden resumir sus palabras en torno al tema:

— La situación del pueblo que él encuentra es la del rebaño sin pastor (Mt 9,36; Mc 6,34). El pueblo que ha sido comprendido como rebaño está en una situación que mueve a compasión al mismo Jesús, que actúa para sacarlo de ese estado. Más tarde, los escritos

² Cf. VON RAD, G., *Teología del Antiguo Testamento* (Salamanca²1973), II, 295.

apostólicos confesarán que, gracias a su acción, las ovejas descarriadas han vuelto al pastor (1 Pe 2,25).

— El mismo se presenta como el buen pastor anunciado por los profetas para la época mesiánica.

La terminología joánica del buen pastor está adornada de imágenes y de ideas que lo ilustran: la única puerta del redil a diferencia de otros que han venido antes, el que conoce y es conocido, el que camina delante de su rebaño y hace posible el seguimiento, el que hace vivir, y, sobre todo y de manera especial, el que da la vida por su rebaño (Jn 10,1-18). Las palabras puestas en la boca de Jesús son la contraposición clara a la recriminación de Ezequiel para los pastores infieles.

Junto a la proclamación de Jesús como buen pastor, se introduce la novedad del universalismo para su rebaño. Las ovejas que no son del redil judío también le pertenecen y van a ser agregadas al rebaño que él conduce para que haya un solo rebaño y un solo pastor (Jn 10,16).

La fe posterior en Jesús como el Cristo lo ha confesado como «el gran pastor de las ovejas» (Heb 13,20).

— Eligió y llamó pastores.

Aunque es verdad que la terminología pastoril no es abundante a la hora de denominar a los discípulos, sí es cierto que la elección en libertad de los que quiso para que le acompañaran y para enviarlos (Mc 3,1-19) y la permanencia de este grupo a su lado durante su vida está remarcada en los evangelios hasta que, después de la Pascua, son enviados a continuar su obra contando con su nueva presencia (Mt 28,18-20). La misión de Cristo comprendida como la del pastor ha sido encomendada a los que vivieron con él.

Lo que implícitamente hemos dicho del grupo, está claramente explicitado en el caso de Pedro. El Jesús postpascual le encomienda la tarea de apacentar sus ovejas y sus corderos después de una triple confesión de amor (Jn 21,15-17).

El pastoreo de Jesús se une así al pastoreo de los que él envía y, por eso, puede ser llamado el príncipe de los pastores que dará a su vuelta la corona a los pastores fieles (1 Pe 5,4).

En resumen, una de las claves de la autoconciencia de Jesús está en la misión del pastor anunciado y esperado por el Antiguo Testamento cuya tarea es la de la fidelidad al Padre para hacer posible su obra, para ser auténtico mediador. Por eso, la acción de Jesús ha sido llamada acción pastoral y la acción posterior de su Iglesia ha llevado el mismo nombre, de la misma manera que han sido llamados pastores aquellos que la sustentaban.

II. LAS DIRECCIONES DE LA ACCION DE JESUS

El repaso por los textos bíblicos nos ha llevado a la comprensión de la tarea de Jesús como acción pastoral por la conciencia que él mismo tenía de ser el pastor esperado que hace posible el pastoreo de Dios sobre su pueblo. Detengámonos ahora brevemente en las direcciones de la acción de Jesús para encontrar en ellas el origen de la misma acción de la Iglesia y de sus pastores.

Normalmente, en los últimos tiempos, hemos descrito la acción pastoral de Jesús continuada por la vida de la Iglesia desde los tres oficios de profeta, sacerdote y rey. Es más, incluso se han escrito cristologías sobre esta base³. Sin embargo, el triple ministerio ha sido poco desarrollado en la historia de la teología, aunque sí hay un desarrollo de su doctrina. Se comienza este desarrollo a finales del XVIII y ya en nuestro siglo se construyen sobre él las encíclicas *Mediator Dei* y *Mystici Corporis*. El Vaticano II continúa esta temática y la aplica, como era tradicional, al ministerio de los obispos⁴, al que están asociados los presbíteros, pero la extiende también como participación de Cristo a todo el Pueblo.

El desarrollo de la eclesiología en el último siglo, la concepción de la Iglesia como Pueblo de Dios, el estudio sacramental de su mediación salvífica y la profundización en los ministerios y carismas de todos los que comparten la misión de la Iglesia han hecho que hoy veamos la acción eclesial en la totalidad de sus miembros como continuación de la acción de Cristo⁵.

Este triple ministerio está, sin duda, presente en estas tres dimensiones que vamos a abordar en la vida de Jesús.

³ ALFARO, J., «Las funciones salvíficas de Cristo como Revelador, Señor y Sacerdote», en MS, III/I, 721-754.

⁴ Cf ALFARO, J., *ibid*

⁵ «La mediación absoluta de Jesucristo es el fundamento y la norma, pero también el límite de la actividad mediadora de la Iglesia (. . .) La pastoral, pues, es la mediación salvífica que se realiza en la Iglesia y por medio de la Iglesia. Si consideramos a la Iglesia como el Pueblo de Dios y el misterio de Cristo en su sentido pleno de su carácter divino-humano, entonces hemos de afirmar que el sujeto de la pastoral es la Iglesia entera, dentro de una ordenación determinada por el llamamiento cristiano general y por el ministerio y los carismas, y estructurada jerárquicamente de acuerdo con la diversidad de cometidos» FEIFFI, E., «Pastoral», en FRIES, H. (ed.), *Conceptos Fundamentales de la Teología* (Madrid 1966), III, 365-366. Por eso, cuando hablamos de las dimensiones de la acción de Jesús, hablamos de dimensiones continuadas hoy por la acción eclesial y en las que tienen una tarea específica los ministerios de sus pastores. Como diremos más veces a lo largo de esta obra, nos conviene distinguir desde el comienzo entre la acción pastoral y el ministerio pastoral. El triple ministerio de Jesús es continuado de alguna manera por todos los creyentes y el mismo ritual del bautismo habla de entrar a formar parte de un pueblo de profetas, sacerdotes y reyes.

1. La relación con el Padre

El estudio de Jesucristo presente en las cristologías de hoy nos muestra, ante todo, el carácter relacional de su existencia. Jesús no se presenta como absoluto y último, sino que hace referencia siempre a alguien que es más que él, al Padre ⁶. La autoridad de su palabra, la libertad ante la ley y la tradición y la fuerza de sus obras son interpretadas por él mismo desde un origen relacional que las convierte en revelación del Padre.

Este Padre, llamado con el nombre cariñoso y familiar de *Abba*, es determinante para la conciencia y la misión de Jesús. El secreto de su identidad no puede ser desvelado prescindiendo de esta pieza clave con quien continuamente se relaciona. Ahora bien, esta relación no le convierte en el teórico de Dios que define sus cualidades y propiedades, sino en su enviado que pone en práctica el comportamiento del mismo Dios ante el mundo. «Jesús no dio lecciones sobre Dios, sino que lo puso en juego: hizo de su vida una “exégesis” o una narración de Dios» ⁷.

La principal manifestación de esta referencia última de su vida está en la práctica de la oración. Desde ella Jesús concibe su ser y su tarea, desde ella encuentra sentido a los acontecimientos centrales de su vida: está presente en el origen de su vida pública (Mt 4,1-11; Mc 1,12-13; Lc 4,1-13), en la elección de los apóstoles (Lc 6,12), en la resurrección del Lázaro (Jn 11,41-42), antes de la subida a Jerusalén (Mt 17,1-13; Mc 9,1-13), en la cena (Jn 17,1-26), antes de ser entregado (Mt 26,36-56; Mc 14,32-40; Lc 22,39-53), en el final de su vida (Mt 27,46).

La relación es tal que el Dios a quien nadie ha visto nunca, por él se nos ha dado a conocer (Jn 1,18). Quien lo ha visto a él ha visto al Padre (Jn 12,44-45). Su mensaje está centrado en Dios y procede de Dios ⁸. Sus obras son la manifestación de cómo Dios actúa. Su confianza en él está por encima incluso de su fracaso histórico.

Esta relación es tan única que, aunque los discípulos sean invitados también a dirigirse a Dios como Padre, siempre habrá una diferencia entre mi Padre y vuestro Padre ⁹.

La acción de Jesús en su relación al Padre se traduce en fidelidad mutua. Para él, su comida ha consistido en hacer su voluntad (Jn 4,34). A su plan es fiel hasta la muerte. El Padre le es fiel última-

⁶ Cf TAMAYO, J. J., «Jesucristo», en *Diccionario abreviado de pastoral*, 244.

⁷ GONZALEZ FAUS, J. I., «Aspectos antropocéntricos de Dios en Jesús», en *Sal Terrae* 971 (1994), 636.

⁸ SCHILLEBEECKX, E., *Jesús La historia de un viviente* (Madrid 1981), 559.

⁹ Cf. JEREMIAS, J., *El mensaje central del Nuevo Testamento* (Salamanca 1966), 30-31.

mente y lo resucita de entre los muertos, lo sienta a su derecha y derrama su Espíritu sobre los suyos. El misterio pascual autentifica esta relación convirtiendo a Jesús en único camino de acceso a Dios

2 La proclamación del Reino

En el centro de la misión de Jesús se encuentra el Reino de Dios. El ha venido para proclamar que está cerca (Mc 1,15). Tampoco encontramos una clarificación intelectual de lo que es el Reino, pero sí podemos decir que es central en su vida porque a él se refieren sus palabras, sus obras son la señal de que ha venido y su misma existencia es la manifestación.

Este Reino tiene las características

— Del protagonismo de Dios en su decisión, en su gratuidad y en su amor,

— De la definitividad en su manifestación y en la postura que se tome ante él,

— De la salvación del hombre porque supone la bienaventuranza que comienza ahora y que tendrá su plenitud escatológica.

Este Reino entra en la historia transformando su realidad desde las mismas obras de Jesús. La liberación del mal físico realizada en los milagros y del mal moral significada por ellos es su manifestación. El Reino establece la comunión, la que tiene Jesús con el Padre que comienza a vivir con sus discípulos (Mt 12,46-50, Mc 3,31-35) y la que se ofrece a los pecadores transformando su situación. Las comidas de Jesús (Mt 8,10, Mc 2,15) son la manifestación de esta comunión.

Las palabras de Jesús ilustran la llegada del Reino dando el sentido preciso a sus gestos que pueden ser ambiguos. Las parábolas son la narración en clave de alegoría y metáfora de la plenitud que entraña. La vida misma de Jesús es la clave interpretativa, la parábola última del Reino.

Con la vida de Jesús el Reino adquiere características nuevas que no encontramos en la revelación anterior.¹⁰

— La centralidad del mismo Jesús en el mensaje del Reino. El que lo anuncia se convierte en su contenido. Por eso, la entrada en el Reino se decide mediante la aceptación de Jesús por la fe.

— Su llegada gratuita y para todos, extendiéndose en un universalismo que rompe los particularismos judíos y se apoya en una misericordia que incluye el perdón de los pecados.

¹⁰ Cf. BUSTO SAIZ, J. R., «Jesucristo», en CFC, 646.

— Su llegada preferente para aquellos que, a primera vista, se considerarían excluidos de él los pobres, los pecadores, los enfermos, los extranjeros, los niños, las mujeres ¹¹

El Reino de Dios como verdad se manifiesta ultimamente en el misterio pascual de Jesucristo. En él ha quedado destruido el pecado como prototipo del mal moral y la muerte como prototipo del mal físico. La acción gratuita de Dios ha ido más allá de la historia de los hombres y ha confirmado la pretensión de Jesús como realidad

3 El grupo de los doce

La acción de Jesús y su tarea no pueden ser comprendidas al margen de la libre elección (Mt 10,1-4) de los doce para que vivieran con él y para enviarlos a la tarea del Reino (Mc 3,1-19) Ellos participan de su intimidad y comparten el significado de su vida

Una doble razón justifica su elección y su papel relevante en la vida de Jesús por una parte, su necesidad de asociar a otros a su misión y a la multiplicación de su anuncio, por otra, la significación del nuevo pueblo que comenzaba con la llegada del Reino ¹². El número doce es claramente manifestador de la convocación del Israel escatológico

Este grupo, germen inicial de su Iglesia

— Son creyentes que reconocen y confiesan a Jesús como Señor Son la muestra de que la fe es la llave del Reino (Mt 16,13-20)

— Son seguidores que han hecho de su vida un compartir el destino de Jesús hasta beber su caliz (Mt 20,23, Mc 10,39)

— Son convertidos que han transformado su realidad (Mc 10,28) y la de sus vidas desde el contacto y la aceptación del mismo Jesús ¹³

El misterio pascual convierte a los doce en apóstoles ¹⁴ y en primera Iglesia. Los discípulos reciben el mandato de enseñar, bautizar y gobernar por parte del Señor resucitado (Mt 28,16-20) y el Espíritu de Pentecostés transforma su realidad desde la nueva presencia de Jesucristo que les hace compartir su misión y comenzar la acción pastoral de la Iglesia

¹¹ Todo el evangelio de Lucas es una muestra evidente de la preferencia de todos los marginados en la acción de Jesús

¹² Cf BUSTO SAIZ, J. R., *ibid.*, 648

¹³ Cf FLORISTAN, C., *Teología práctica* 45

¹⁴ Para Pablo, el encuentro con el resucitado es razón del apostolado

III LA ACCION DE LA PRIMERA COMUNIDAD CRISTIANA

El misterio de la Iglesia depende del misterio de la encarnación y Cristo, enviado por el Padre, envía a su vez el Espíritu sobre la Iglesia¹⁵. De este modo, Cristo sigue presente en el mundo a través de la Iglesia de una forma nueva, no encarnada sino pneumática. Gracias al Espíritu la Iglesia se convierte en Cuerpo de Cristo y Cristo no está ausente de la comunidad humana¹⁶, pero su presencia solamente puede ser entendida de una forma nueva, desde el misterio de la Pascua.

La presencia de Cristo en la Iglesia y su relación con ella solamente pueden ser entendidas desde el misterio de Pentecostés, porque se trata de una presencia en el Espíritu¹⁷. El hace a Cristo presente y operante en su Iglesia.

Por eso, cuando hablamos de la acción de la Iglesia, hemos de afirmar, ante todo, que su ser depende del acontecimiento total de Cristo, está en estrecha dependencia de la globalidad de su misterio¹⁸. Es más, ella misma entra a formar parte de este misterio, fuera del cual no tiene razón de ser. La Iglesia es misterio derivado del único misterio que es Cristo¹⁹.

La acción de Jesús tiene su continuidad en la acción de una Iglesia que surge del resto de Israel, del grupo de los discípulos de Jesús terreno y de la recepción del Espíritu de Pentecostés, fruto de la Pascua²⁰. Si hemos llamado pastoral a la acción de Jesús por sus connotaciones bíblicas, también llamamos pastoral a la acción de una Iglesia que continúa en el mundo su misión hasta su vuelta.

A partir del día de Pentecostés, la predicación apostólica, surgida de la interpretación de la historia de Jesús desde su resurrección y comprendida desde los profetas del Antiguo Testamento²¹, va haciendo surgir una comunidad eclesial cuyas características siempre hemos considerado normativas para la Iglesia de todos los tiempos. Más que analizar la acción en sí²² de la primitiva comunidad, analizaremos los presupuestos reflexivos sobre los que se construye su ac-

¹⁵ Cf ALFARO, O C, 17

¹⁶ Cf SCHIFFBECKX, E, «Iglesia y humanidad», en *Concilium* 1 (1965) 65-94

¹⁷ Cf BOFF, L, *Eclesiogenesis* (Santander 1979), 38-39

¹⁸ Para profundizar en este tema, cf ALFARO, J, «Cristo, Sacramento de Dios Padre. La Iglesia, Sacramento de Cristo glorificado», en *Gregorianum* 48 (1967) 5-27

¹⁹ Cf LUBAC, H DE, *Paradoja y misterio de la Iglesia* (Salamanca 1967), 34-35

²⁰ Cf SCHLIER, H, «Eclesiología del Nuevo Testamento», en MS, IV/I, 217-218

²¹ Cf SCHNACKENBOURG, R, *La Theologie du Nouveau Testament* (Brujas 1961), 43

²² Para un estudio de esta acción, cf FLORISTAN, C, «La acción pastoral de la Iglesia primitiva», en *Teologia practica* (Salamanca 1991), 53-80

ción y las características que la definen como tal acción eclesial o pastoral. Son éstas:

a) Es una acción que no es propia de la Iglesia, sino derivada. Está en conexión con el Señor Jesús, de quien depende en una continuidad de misión, y es, por su misma esencia, trinitaria, fruto de la economía salvífica de toda la Trinidad. Los apóstoles son conscientes, y así lo han testimoniado después los evangelios brotados de sus catequesis, de que ellos continúan en medio del mundo la tarea a la que había sido enviado Jesús por el Padre con la fuerza del Espíritu. «Como el Padre me envió, así os envío yo, recibid el Espíritu Santo » (Jn 20,21)

Esta acción trinitaria tiene el protagonismo de la vida de la primera Iglesia y es fundamentación clara de toda la acción pastoral de los apóstoles y de las primeras comunidades cristianas. Antecede a toda reflexión. Cuando todavía no existía la teología, ya existía la acción pastoral que surge de la misión del Hijo que la Iglesia continúa en el mundo. Y para que esta acción exista, el Espíritu de Jesús, fruto de su Pascua, hace presente de una forma nueva a Cristo en medio de su comunidad.

Por ello, la acción pastoral de los primeros cristianos no es propia ni es considerada como tal, sino que siempre se repetirá el «en nombre de Jesús» (Hech 2,38, 3,6, 4,18, 10,48). La Iglesia se siente el nuevo Cuerpo por el que Cristo se hace presente y actúa en medio del mundo. Quien ha hecho posible esta nueva «encarnación» ha sido el Espíritu de Dios.

La presencia del Hijo por el Espíritu en la comunidad.

— Exige que la Iglesia viva en continua fidelidad. No es función propia sino derivada la suya, y el evangelio de Jesús es lo que tiene que anunciar (Hech 4,19-20),

— No se impone, sino que se acepta en libertad. De esta manera la acción de Dios entra en el juego de la libertad con la acción del hombre que, de la misma manera que deja traslucir esa acción, puede oscurecerla e incluso impedirarla,

— No acepta detenciones y progresivamente va avanzando. Así vemos que una Iglesia surgida en Jerusalén con muy pocos hombres por los años treinta, está extendida por el mundo conocido en los años setenta. El protagonismo del Espíritu está claramente señalado en los Hechos de los Apóstoles, especialmente en aquellos momentos de importancia o en los que se juega el futuro de la vida de la Iglesia: bautismo de Cornelio (Hech 10,44-48), primera gran salida a los gentiles (Hech 13,2-4), concilio de Jerusalén (Hech 15,8)

b) La acción pastoral tiene como elementos constitutivos el anuncio del evangelio (centrado en el acontecimiento pascual), el cambio de vida (con todo lo que ello supone de ser en el mundo) y

la recepción de los sacramentos (especialmente el bautismo y la eucaristía). Es significativo el discurso de Pedro en Pentecostés (Hech 2,14-41). Después de haber anunciado a Jesús muerto y resucitado, le preguntan qué tienen que hacer para salvarse; la respuesta de Pedro es el arrepentimiento y la recepción del bautismo

— Anuncio explícito del Señor Jesús, que vamos a ver repetido en cada capítulo de los Hechos. Los apóstoles son testigos de su vida, muerte y resurrección y hacen de Jesús el objeto directo de su proclamación, aunque a veces sea escandalosa o les acarree la persecución. Son sabedores de que Jesucristo es el objeto de su predicación y lo específico que ellos tienen que aportar al mundo.

— Cambio de vida como consecuencia de este anuncio. Los apóstoles lo piden y pronto vemos la realidad de la conversión. Aceptar al Señor Jesús implica aceptar la totalidad de su persona, sus valores y postura ante la vida y el mundo como sentido y configuración de la existencia creyente. Ser discípulo es más que aceptar una doctrina; es, sobre todo, compartir una vida. La conversión de los cristianos entra en conflicto con un mundo que vive desde otros presupuestos y su novedad encuentra frecuentemente el rechazo.

— Recepción del bautismo, que implica la comunión con Cristo y con la Iglesia a través de la celebración sensible de los gestos de la salvación. A través de estos gestos, el Espíritu de Pentecostés llega a los cristianos y los frutos de la Pascua, el perdón de los pecados y la incorporación a la comunidad de los salvados, son recibidos por quienes los celebran. Esta celebración tiene siempre como autora a la comunidad cristiana que en ella se realiza y se constituye como tal.

Estos tres elementos traen como consecuencia la salvación, que debe ser entendida tanto en un sentido histórico como escatológico. La salvación intramundana, la salvación hecha ya realidad en el seno de la comunidad creyente, es promesa y anticipo de la salvación escatológica en la plenitud del Reino que la comunidad espera y hacia la que avanza. La comunidad se llama de «salvados» (Hech 2,47).

c) La acción pastoral de la Iglesia crea una comunidad con rasgos y características propios, signos de su identidad, a la vez que conforma distintas estructuras para hacerlas posibles y para que la acción pastoral sea realizada. Su realidad es la de la pequeña fraternidad que puede realizar con autenticidad sus signos de identidad. Como características propias, los Hechos señalan

asistencia asidua a la enseñanza de los apóstoles,
vida en común con un cierto tipo de reparto de bienes;
fracción del pan comunitaria,
oración (Hech 2,42-47, 4,32-35 y 5,12-14).

A la vez sabemos que las catequesis se desarrollaban de una determinada manera y siguiendo temas y estructuras no siempre idénticos. La vida en común necesitaba ministerios y organización. La eucaristía, en la que el memorial de Jesús era a la vez recuerdo dinámico que ponía a la Iglesia en contacto con su Señor y la impulsaba a manifestar en su vida el amor que Jesús vivió²³, iba teniendo sus plegarias propias y se celebraba conforme a unas normas; la oración iba adquiriendo sus esquemas, etc. Es cierto que la comunidad cristiana de los Hechos y las posteriores fueron mucho más creativas que las nuestras y tuvieron una libertad de acción que respondía a una estructuración concreta de la Iglesia, pero lo que queremos ahora destacar es que las acciones pastorales crean en la Iglesia características de vida y estructuración de esas características, aunque para la Iglesia posterior las características hayan sido normativas y las estructuras no

d) La estructuración de la Iglesia que brota de las acciones pastorales y la misma acción pastoral entran en contacto con los distintos hombres y tiempos evolucionando según las exigencias de la evangelización. Los apóstoles y sus comunidades fueron muy libres para dar estas respuestas y para cambiar las estructuras de la Iglesia²⁴. Podemos decir que las acciones pastorales cambian para que siga manteniéndose la acción pastoral. La organización concreta, los ministerios de la comunidad, las formas de oración, los lugares, etc., van respondiendo a las exigencias que el tiempo y el lugar van presentando a la Iglesia.

Estos cambios suelen responder a

— Las distintas personas. No es lo mismo evangelizar a un judío que a un pagano. Lo vemos claramente en el estudio del Nuevo Testamento. Los evangelios tienen diferencias notables dependiendo de los destinatarios. Las catequesis en ellos contenidas son de distinto signo y varían incluso en la temática. Recordemos los cambios que ha de realizar la comunidad cristiana al admitir a los no judíos. La decisión de no escandalizar a los que proceden del judaísmo para algunas prohibiciones (Hech 15,29) es muestra clara de que pronto tenemos una comunidad configurada de muy distinta manera y con diferentes leyes.

— Las distintas necesidades de la vida comunitaria que la Iglesia tiene y, para solucionarlas, varía sus estructuras. Es famoso el caso de los problemas de las viudas que trae consigo la institución del

²³ Cf. LEON-DUFOUR, X, *La fracción del pan. Culto y existencia en el Nuevo Testamento* (Madrid 1983), 156.

²⁴ La obra de BROWN, R. E., *Las Iglesias que los apóstoles nos dejaron* (Bilbao 1986) es una buena muestra de la diferencia de las estructuras eclesiales en los distintos textos apostólicos.

primer ministerio, el de los diáconos (Hech 6,1-7). El llamado primer concilio se reúne para dar respuesta a una necesidad que la Iglesia tiene y a la que hay que atender (Hech 15,1-33). Más tarde seguirá sucediendo lo mismo. La expansión del cristianismo presenta distintas necesidades para la evangelización que irán haciendo surgir nuevas estructuras eclesiales.

— La situación histórico-socio-cultural del mundo. Pronto nos encontramos en la primitiva comunidad la diferencia entre la comunidad judía y la helenista. Los viajes de Pablo son una magnífica prueba de que el primer discurso evangelizador se hace desde muy distintos presupuestos según quienes sean los destinatarios (Hech 17,16-34). Después va a presentarse la mentalidad romana. Estas situaciones influyen poderosamente en la configuración concreta de la Iglesia, que, para su acción pastoral, se basa en muchas ocasiones en los moldes culturales de los hombres e incluso aprovecha sus mismas estructuras como plataforma de evangelización. Y es lógico que así sea, porque sin esa encarnación cultural, difícilmente podría la Iglesia realizar su misión y su tarea.

Podemos decir que la autorrealización de la Iglesia pasa por el diálogo con la historia y con los elementos de la historicidad. El hoy del mundo, de la cultura y de la historia entra en contacto con la acción pastoral de la Iglesia; la Iglesia dialoga con ellos para encarnar su acción en formas y estructuras que den respuesta a ese hoy. El lenguaje, los edificios, las vestiduras, la estructura jurídica, la estructura mental, los moldes filosóficos, etc., son asumidos por el evangelio y puestos al servicio de la evangelización. Solamente así puede encarnarse en un contexto cultural. Aunque este diálogo puede ser costoso y fuente de problemas, es absolutamente necesario para que la misión de la Iglesia, la tarea para la que ha nacido, siga realizándose.

e) La acción pastoral de la Iglesia entra en estrecha relación con la teología y con el magisterio. Es más, es una acción que resulta del ejercicio cada vez más notable de estos ministerios. ¿Desde dónde brota la acción concreta por la que la Iglesia opta para dar la respuesta concreta a cada situación? ¿Puede darse una acción indiferente o probar distintos experimentos para ver cuál es el que tiene un resultado más eficaz? ¿Dónde tiene la misma Iglesia los recursos para optar por las acciones? El servicio de la teología y el magisterio tienen un importante papel en las acciones pastorales. La historia de la primera comunidad así nos lo demuestra.

— Cuando Pablo tiene que optar por medidas concretas en el caso de los judaizantes, no toma una decisión acomodada a su manera concreta de ver, sino que hace teología de la universalidad de la salvación. La situación real de la Iglesia es fuente de una reflexión

teológica que en sus primeros momentos no existe, porque solamente quiere repetir la acción de su Señor, pero que, posteriormente, se va haciendo necesaria por la pluralidad de situaciones, por la aparición de problemáticas totalmente nuevas y por el mismo diálogo, apologetico o no, con la cultura y el pensamiento circundantes. No se entiende una acción pastoral nueva sin una teología que la sustente. Entre los servicios que el pensamiento aporta a la Iglesia hay que destacar el de ir fijando la propia tradición²⁵. El concepto de salvación, de Iglesia, de evangelización, etc., se hace visible y captable en las acciones pastorales, pero son éstas también las que obligan a la teología a adentrarse en diferentes y nuevas temáticas. Este diálogo entre la pastoral y la teología ha sido siempre provechoso y fecundo. Ha hecho que la teología no se ande por las ramas y que las acciones pastorales hayan sido serias. La dirección de la influencia siempre ha sido doble: unas veces han sido las necesidades de la evangelización las que han impulsado el pensamiento y la reflexión teológicos, otras ha sido el mismo pensamiento quien ha señalado a la Iglesia caminos de acción y opciones concretas en su actividad pastoral. En todo este desarrollo no podemos olvidar la acción del Espíritu que conduce a la Iglesia y que se vale también de la tarea del pensamiento para realizar su obra.

— Pedro decide el bautismo de los primeros gentiles (Hech 10,47-48). Pablo y Bernabé suben a Jerusalén para solucionar el problema de la Iglesia de Antioquía (Hech 15,2). Pablo hace cambiar el comportamiento de la Iglesia de Corinto y se siente con el poder necesario para hacerlo, etc. Cada una de las comunidades cristianas creadas va teniendo un responsable último desde la autoridad apostólica. La expansión del cristianismo por la tarea evangelizadora va sembrando comunidades cristianas en las que se articula un servicio de autoridad, aunque al comienzo sea más indeterminada y no siempre coincida en su estructuración. Poco a poco la Iglesia fue creando un ordenamiento de su vida y de sus ministerios al servicio de esa vida. Entre sus tareas, se van destacando las de conservar la herencia apostólica y las de distinguir entre la recta y la falsa doctrina²⁶, servicio inexcusable para ir fijando la regla de la propia fe. En definitiva, las últimas decisiones de la acción pastoral no corresponden a la teología ni a la acción carismática, tan presente en la primera comunidad, sino al servicio de la jerarquía²⁷, que, sin oponerse a

²⁵ Cf. TREVIANO, R., *Orígenes del Cristianismo. El trasfondo judío del cristianismo primitivo* (Salamanca 1995), 374-378.

²⁶ Cf. LOHSE, E., *Teología del Nuevo Testamento* (Madrid 1978), 251-255.

²⁷ «Los carismas y su función edificante no se contradicen en absoluto con lo que llamamos "ministerio". Este surge en la Iglesia desde el principio, sea en la forma que fuere y de un modo más o menos reflejo. Su punto de arranque está ya en el boceto

otras funciones, comienza a ser esencial para la vida de la Iglesia. Ella es responsable, en muchas ocasiones, de la acción pastoral porque, entre sus tareas, está la del discernimiento. La teología ha clarificado y ha situado la problemática profunda de la acción, pero la acción ha sido decidida por las distintas cabezas de la Iglesia que son también cabezas pastorales en ella.

eclesial del grupo de discípulos del Jesús terreno, concretamente en la función escatológica de los "doce", y después va adquiriendo vigencia en el "ministerio", es decir, en la elección, instauración y otorgamiento de la potestad, en el mandato y misión por parte de los "apóstoles", que son los responsables de la Iglesia. Después, el apostolado se va desprendiendo de los oficios posapostólicos en todos los sentidos». SCHLIER, H., l.c., 221.